

Luego que á su tierra arriba
Le mandó dar al piloto
Por premio de su fatiga
Una corona de oro
De mucho precio y estima,
Y dijole: — Esta corona
Hago de tu frente digna,
Y quiero qu'ella te adorne: —
Y poniéndosela encima,
Le volvió á decir: — Agora,
Que te di lo que debía
A tu sano y buen consejo
Para conseguir mi via,
Me pagará tu cabeza
Tantas cuantas vi perdidas
Por tu causa, en no avisarme
Que con tanta compañía
No me embarcara, y pues esto
Fué culpa tuya y no mia,
A ti hago cargo de ellos,
Y tú fuiste el homicida
De tan buenos caballeros
Cuantos perdieron las vidas
Por tí, y así esta venganza
A su lealtad es debida. —
Esto diciendo el rey Jérges
A uno de los suyos mira
Diciéndole que le corte
La cabeza, el cual con ira
En la presencia del Rey
De los hombros se la quita.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

501.

CONSEJOS QUE FILIPO, MORIBUNDO, DA Á SU HIJO ALEJANDRO
DE MACEDONIA.

(Anónimo.)

El macedonio Filipo,
Después de haber gobernado
Con mil insignes victorias
La gradeza de sus campos;
Después de haber mantenido
Discurso de muchos años
En gran justicia á los suyos
Pacífico, quieto y manso,
Viendo á los ojos la muerte
Y conociendo que al cabo
No hay rey que se le resista
A la fuerza de sus brazos,
Hizo llamar á su hijo,
Al invencible Alejandro,
Y con la voz baja y ronca
Asiéndole de la mano,
— Estadme atento, le dijo,
Sucesor de mis estados,
Así en paz de todos ellos
Os dén el gobierno caro.
Por mi hijo sucedéis
En todos mis mayorazgos;
Gobernados como vuestros,
Y como míos tratados;
No les deis nuevos tributos;
Advertid que están muy flacos,
Que de vuestros enemigos
Con ellos podréis cobrarlos.
Sustentad en paz los vuestros
Y con guerra los contrarios,
Y os adorarán los vuestros
Y los otros temblarán os.
Sed con los graves severo,
Y con los humildes manso;
No hagais á nadie injuria,
Ni á nadie sufrais agravios.
Fieles vasallos teneis,
Como á leales tratados;
Que un rey humano, á los suyos

Conserva nobles vasallos.
No juzgeis por amistades,
Ni perdoneis por halagos,
Ni con ira castigueis,
Ni admitais consejos falsos.
Sed Alejandro en valor
Como en el nombre Alejandro;
Que la potencia de un rey
Obliga á ser todo franco.
Oid al pobre y al rico;
Cuanto al oír igualados,
Que en ley de naturaleza
Iguales nacieron ambos.
De los hinchados soberbios
Tened el freno en la mano,
Que un bocado es gran remedio
Para los muy desbocados.
Sed en la paz apacible,
En las lides Marte airado,
Reposado en los consejos,
Con los rendidos humano.
Al que hiciere mal de priesa,
No le castigueis despacio,
Que sirve de grande ejemplo
Castigar de priesa un malo.
Los sabios es justo honreis
De suerte que por honrarlos
No se vuelvan lobos fieros
Contra los corderos mansos.
Mandades que juzguen todos
Por aquel antiguo fallo
De las nuestras santas leyes,
Y no por ordeno y mando.¹
Refrenad sus duras lenguas
Y en el lenguaje allanados;
Que la lengua ofende mucho,
Y no corta pié ni mano.
No deis leyes cada día,
Porque no puedan juzgaros
De inconstante en el gobierno,
Y en la potencia de flaco.
Las que una vez les daréis
Haced que se estimen tanto,
Que no las quiebre ninguno,
Y si alguno, castigadlo;
Que muchedumbre de leyes
Suele servir de embarazo
Para equivocar los reinos
Y destruir los vasallos.
Haced, hijo, como todos
Pidan vuestros largos años;
Que si todos os desean
Habréis eterno descanso. —
Esto diciendo, á Filipo
Ocupó la muerte el paso,
Y el real cuerpo difunto
Cercó de lloro el palacio.

(Romancero general.)

¹ Estas sapientísimas máximas debieran no olvidar los llamados á gobernar los pueblos: estas son las que no olvidan nunca los que están acostumbrados á gobernar; pero por desgracia las huellan frecuentemente todos los aventureros que llegan al poder por los percances de ciega fortuna. Olvidados de su humilde existencia, atribuyen á mérito propio su casual elevación, debida quizá á la baja de sus precedentes, y quieren con destemplanza tratar á los pueblos como un tambor mayor á los chiquillos á quienes se enseña los redobles de la caja. En el que nació para el mando, una mirada basta para imponer á sus subordinados. ¡Desgraciado de aquel que necesita decir á todo un pueblo: *Ordeno y mando!*

502.

TIMOCLEA, TEBANA, SE VENGA DE SU VIOLADOR.

(De Juan de la Cueva.)

Siendo del Magno Alejandro
Rendida la ilustre Tébas,
Su fuerte muro arruinado,

Y abiertas todas sus puertas,
Y puesto su señorío
Al yugo de su potencia,
Sucedio un caso admirable
Digno de memoria eterna,
A un tracio, capitán suyo,
Y una tebana doncella;
El cual yendo saqueando
La noble ciudad sujeta,
Con una escuadra de tracios
Que seguían su bandera,
Llegó robando y matando
A casa de Timoclea,
Que era de las mas ilustres
Que había en aquella tierra,
Cual lo mostraba el blason
Que fijado tenía fuera.
El Capitán mandó al punto,
Que dentro entrasen por fuerza
Guiado de la codicia,
Que suele mover la guerra.
Arremeten los soldados,
Derriban puertas y entran;
Comienzan á saquealla
Con libertad y violencia,
Sin perdonar su rigor
Cosa que la vista ofrezca.
Andando así el Capitán
A quien la codicia lleva,
Y entrando en un aposento,
Encontró con Timoclea,
Que huyendo de su furia
Se escondió en aquella pieza,
Dejando padre y hermanos
De que ya habían hecho presa
Los vitoriosos soldados,
A quien cosa no refrena.
La virgen tebana estaba
Cual suele estar la cordera
Que apartada de su aprisco
Se vé cercada de fieras,
Que de ningún modo puede
Dejar de ser pasto d'ellas.
Así temblando la virgen
Gime viendo su miseria;
Turbado el bello color
El mortal suceso espera:
Cuando el fiero Capitán
Hallándose en su presencia
Paró, sin pasar delante,
Vencido de su belleza.
La fiera espada bajando,
D'ella asido, así le ruega.
— Ya ves, hermosa tebana,
Qu'en mi poder estás puesta,
Del cual no podrás librarte
Ménos que cativa ó muerta:
Pues yo quiero que seas libre,
Con dos cosas por tí hechas:
La una, que he de gozarte,
Porque tu beldad me fuerza;
La otra, que me descubras
Adónde tienes tu hacienda,
Y con estas condiciones
En tu libertad te queda. —
La tierna virgen responde,
Inflamada de vergüenza:
— Cuanto al gozar tú de mí,
No lo intentes ni pretendas,
Que soy virgen y en mi guarda
Están Diana y Minerva,
Que defenderán mi causa,
Poniéndose en mi defensa:
Y en esotro de mis bienes,
Toda mi casa está abierta,
Saquee cuanto hallares,
Pues tuyo es cuanto hay en ella;
Que los hados te lo dan,
Y el cielo, que así lo ordena. —

T. X.

Siendo del bárbaro oída
La no esperada respuesta,
Ardiendo en codicia su alma,
Y en afición torpe y ciega,
Sin replicalle razon,
Porque de toda se aleja
El alma que da cabida
A cualquiera pasión d'estas,
Asió de la tierna virgen,
Que ante él de rodillas puesta,
Viendo lo que pretendía,
En tierno llanto deshecha,
Le suplicaba que diese
A su horrible intento venia,
Porque no ofendiese al cielo
Robándole su pureza.
Sin dar oído á su llanto
Ni á su ruego, ¡oh maldad fiera!
Cumplió su lascivo intento
El bárbaro en la doncella;
La cual viéndose ofendida,
Gime, y al cielo se queja,
Puestos los ojos en él
Vertiendo orientales perlas,
Demandando la venganza
De aquella maldad inmensa.
El bárbaro, aun no contento
De la maldad por él hecha,
A la misera ofendida
Con nuevo apremio la apremia,
Que le diga dónde tiene
Escondidas sus riquezas,
O que le dará la muerte,
Si d'ó las tiene le niega.
Ella oyendo la demanda
Del fiero, y la nueva fuerza,
Determinando vengarse
Cobró esfuerzo en la flaqueza,
Diciéndole: — Ya no tengo
Que negar, la suerte es vuestra,
Pues el tesoro mayor
Que tenía, y de mas cuenta,
Me habeis robado, y sin él
Lo demas no me aprovecha.
Dentro d'este pozo tengo
Escondida mi hacienda,
Creyendo que d'esta suerte
Libre de vosotros fuera;
Mas el cielo, que me sigue,
Al contrario d'esto ordena:
Sacalda, que libremente
Mi voluntad os la entrega
Por dote de la corona
Que me robó vuestra fuerza.
No aguardó el bárbaro á mas,
Y al pozo corriendo allega
De su codicia instigado,
Que así lo enajena y ciega.
Pone en el brocal el pecho,
Mete dentro la cabeza,
Mira á un cabo, y mira á otro
Por ver si ve lo que intenta,
Y el deseo que lo enciende
Mil varias formas le muestra
En los visos que hace el agua
Con verdadera apariencia,
Por do su imaginación
Conformándose con ellas,
Juntas aquellas especies
Le hace que d'ellas crea
Lo que le pide el deseo,
Que á su perdición lo lleva.
Estando ocupado en esto,
Sin recelo ni sospecha,
El medio cuerpo metido
En el pozo, y medio fuera,
Viendo la ofendida virgen
La venganza de su afrenta,
Licitada de su injuria

22

Arremete con fiereza,
Y asiéndolo por los piés
Dentro del pozo lo echa,
Y tras d'él al mismo punto
Muchas y crecidas piedras,
Con que le quitó la vida
A quien quitó su pureza.
Acudieron los soldados,
Que le guardaban la puerta,
Como oyeron el ruido;
Y vista la muerte cierta
De su fuerte capitán,
Quisieron dársela á ella,
Y por darle mas castigo
A Alejandro la presentan,
Que d'él sabida la causa
En su libertad la deja,
Y con maníficos dones
De su agravio satisfecha.

(CUEVA, *Coro Febo*, etc.)

503.

ALEJANDRO VENCEDOR, Y DARIO FUGITIVO.
(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

De la batalla sangrienta
Presuroso sale Dario,
Habiendo, para escaparse
Del vencedor Alejandro,
Saltado con gran pavor
Del rico y vistoso carro,
Y tomando con presteza
Un alentado caballo.
Con diligentes talones,
Floja la rienda en la mano,
De su furia se aprovecha,
Cuyo veloz curso es tardo.
No le parece que corre
Pues asienta el pié en el llano,
Y no corta con las aves
La region del aire claro:
Cosa ordinaria en quien muestra
Las espaldas al contrario.
Dejó en aquesta huida
Dario el real aparato
Para poderla hacer
Mejor y mas á su salvo,
Con cuyas varias reliquias
Se mostraba el campo ufano.
Allí se ve la corona
En el almete abollado,
De preciosa pedrería
Con encaje relevado;
Acullá el antiguo cetro,
Allá el sello y rico manto:
De todo aquello desiste
Que le fué otro tiempo grato.
De la pobreza se vale
Como mas seguro estado,
Y de emperador, desea
Parecer pobre soldado,
Por no deber á fortuna
Nada en aquel breve espacio,
Y no siempre como rey
Aguardar su golpe vario;
Y porque le desconozca
Para el efecto del pago;
Pero disimula mal
Rostró grave y noble trato.
Y como un vasallo suyo
Hallase el manto en el campo,
Fué á la tienda donde estaban
La madre y mujer de Dario,
Las cuales su manto viendo,
Que fuese muerto pensando,
Con súbita vocería
Dan principio á un duro llanto,

A que Alejandro y su gente
Con gran presteza se armaron
Pensando del enemigo
Fuese algun duro rebato.
Mas cuando supo lo que era,
Doliéndole su quebranto,
En su tienda las visita,
El vaiven considerando,
Con que la varia fortuna
Humilla al mas levantado.
En su afliccion las consuela,
Que no era muerto afirmando,
Y para satisfacerlas
Hizo que algunos soldados
En su presencia jurasen
Estar Dario vivo y sano:
Y fué verdad, que su industria
Por ser tal, le puso en salvo.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de*.)

504.

ANTIÓCO ENAMORADO DE ESTRATÓNICA SU MADRASTRA.

(De Juan de la Cueva.)

De ardiente amor encendido
Antioco se abrasaba
Por la mujer de su padre,
Estratónica llamada.
Via el remedio imposible,
Y el fuego dentro en el alma:
Creciale mas el fuego
Cuanto mas su amor guardaba.
Via la rara belleza
De su hermosa madrastra;
Los dulces y bellos ojos
Con que su fuego aumentaba;
Las crespas hebras de oro,
Que con mil nudos lo enlazan
Que para alentar su fuego
Amor se las desataba,
Con que abrasaba á Antioco
Y á Febo de luz privaban.
Miraba parte por parte
La causa por quien se abrasa,
Y hallaba ser tan justa,
Cuanto injusta su demand
En este ardiente cuidado
Los dias y noches pasa:
Hizo tal instancia en él
Que el vital vigor le falta;
La fogosa juventud
Se debilita y desmaya,
Y creciendo en él la fiebre,
Con tanto extremo lo agrava,
Que sin poder resistirse
Dió el laso cuerpo á la cama.
El rey Seleuco, su padre,
Viendo el hijo cuál estaba,
Con solícito cuidado,
Todos los médicos llama,
Que con diligente estudio
Su remedio procuraban
Aplicando medicinas
A la ocasion muy contrarias;
Que las pasiones de amor,
Con remedios de amor sanan,
No con simples, ni compuestos,
Ni con piedras preparadas,
Que no es mal que tiene cura,
Ni sana con ciencia humana,
Si no le aplica el remedio
Quien es en hacer la llaga.
Y como de estos remedios
Con Antioco no usaban,
Ningunos hacían efecto,
Antes los que hacían dañaban.
El Rey andaba cuidadoso

Fatigado y lleno de ansias,
Porque médico ninguno
La enfermedad no alcanzaba,
Ni por relacion ni pulso
Entender podían la causa.
Erasistrato, un famoso
Médico, que en esto andaba
Solícito, porque el Rey
Hacia dél mas confianza,
Y estando solos los dos,
Así por sus grandes letras,
Como por ser de su casa,
A ver al enfermo Antioco
Entró, cual acostumbraba,
Y estando solos los dos,
El pulso le demandaba,
Y teniéndolo en la mano
La flaqueza contemplaba,
El movimiento sin órden,
Los varios golpes que daba.
Suspense en esto y dudoso,
Acaso entró la madrastra;
Hizo tanta alteracion
El pulso, que vido clara
El médico la dolencia
De tantos tan ignorada;
Y sin darle á entender cosa,
Suelta el brazo, y dél se aparta,
Y ante el rey Seleuco puesto,
Del enfermo Antioco trata,
Diciendo ser imposible
Remediallo, y que no alcanza
Remedio en la medicina
Contra enfermedad tan brava,
Porque la causa es de amor,
Y que demas de esta causa,
Aunque es grave, está el peligro
No en el mal, mas en que ama
A su mujer, y él no puede
Dalle á su mujer amada,
Y que por esta razon
En su remedio dudaba.
Seleuco, de amor del hijo,
Al médico se levanta,
Y como si su igual fuera,
Una y otra vez le abraza
Diciéndole: — Amigo mio,
Mi casa y mi reino manda,
Porque á mi hijo remedies
Y de este peligro salga:
Dale tu propia mujer,
Dásele, que si la amas,
La das un rey que la adora,
Con que su suerte aventajas,
Y dándola á tu señor
Por fuerza, y para esta causa,
Para saneamiento tuyo,
De lo que es amor, no faltas.
De mas de esto es ley que muera.
El hombre que á otro mata,
Y pues ella hace el daño,
Ella el daño satisfaga.—
Viendo el médico prudente
Los afectos con que habla
El Rey, le dice: — Señor,
Tu Alteza tal cosa manda?
¿Quién debe guardar la ley,
El primero la traspasa?
Sola una cosa te pido,
Y esta me la digas clara:
¿Si como pidió la mia
A tu mujer demandara,
Condescendiera tu Alteza
En tan injusta demanda?—
— Por los dioses, dice el Rey,
Que si así se remediera,
Que yo se la concediera,
Sin que cosa me estorbara.—
De las razones del Rey
Colige el médico y halla,

Segun la demostracion,
Que en lo dicho no le engaña,
Y que cumpliría con obra
Lo propio que él le rogaba;
Y así, con seguro de esto,
Al Rey dice, que le aguarda:
— Alto Rey, á tu hijo Antioco
La enfermedad que le agrava
No la causa mi mujer,
Porque es tu mujer la causa;
Y si quieres guarecello,
Cásalo con su madrastra,
Que este es el postrer remedio,
Si darle vida te agrada.—
Oyendo el Rey la extrañeza,
Confuso y suspenso para
Revolviendo la memoria,
Sin determinarse á nada;
Mas como el amor de padre
La dificultad allana,
A Estratónica su esposa
Con su hijo al punto casa:
Por guarecelle la vida,
De su contento se aparta.

(CUEVA, *Coro Febo*, etc.)Moreto hizo, al asunto de este romance, la comedia intitulada *Antioco y Seleuco*.

ROMANCES SOBRE ALGUNOS DICHOS Y HECHOS DE VARIOS FILOSOFOS GRIEGOS.

505

SOLETO DE LOCRES SE SACA UN OJO PARA LIBRAR EL OTRO DE SU HIJO, QUE DEBIÓ PERDER EN JUSTICIA.

(De Juan de la Cueva.)

Gobernando estaba en Locres
El justo y sabio Solento,
Sometiéndola á las leyes
Que ponen en paz los reinos,
Y ajustan al pobre humilde
Y al poderoso soberbio,
A todos haciendo iguales
En las costumbres y fueros,
Cual eran administradas
De Solento, cuyo intento
Fué siempre de hacer justicia
Sin torcer legal decreto.
Esta confianza trujo
Ante él á un pobre plebeyo,
Estando en su tribunal
Las causas públicas viendo,
Y ante él postrándose dijo,
La voz levantando al cielo:
— Justicia vengo á pedirte,
Solento, á pedilla vengo
Contra tu hijo que ha sido
Cogido en un adulterio
Con mi mujer y en mi casa,
Y guardándote el respeto,
A ella le di la muerte,
Y á él con la vida dejo:
Pido que me satisfagas,
Si haber justicia merezco.—
Puso fin á su querrela,
La cual oída, Solento
Mandó que al hijo trujesen
Luego á su presencia preso:
Que siendo al punto cumplido,
Y ante él traído el mancebo,
El mismo le preguntó
Si era verdad lo propuesto.
Respondió el mozo que sí,
Y el padre dijo: — Ese yerro,
¿No sabes tú que las leyes,

Que he puesto yo en mi gobierno,
 Vedan aque se pecado,
 Y que á nadie hacen exento?
 Pues como á quien las traspasa
 Pronuncio el castigo luego;
 Y es que te saquen los ojos,
 Que es la pena de este exceso;
 Para que con tu castigo
 Sea á los demas ejemplo;
 Y luego sea ejecutado
 Sin aguardar mas momento.—
 Mandólo atar, y el verdugo
 Su mandamiento cumpliendo,
 Le ató las manos atras,
 Sin hacer mas que hacello:
 Y estando ya el cruel ministro
 Para ejecutar dispuesto,
 Se levantó un gran clamor
 Diciendo: — Que pare el hecho,
 Que pare, y no se ejecute,
 Que el pueblo está satisfecho
 De su inviolable justicia;
 Y si es por satisfacello,
 Que el pide, que de la culpa
 Sea el adúltero absuelto.—
 No mueven del justo padre
 Las voces el firme pecho,
 Que al verdugo apresuraba
 A cumplir su mandamiento,
 Sin conmovello á piedad
 El hijo atado y vertiendo
 Lágrimas, ni los clamores
 Que oia de todo el pueblo.
 Fué tan importuno el llanto,
 Y tan eficaz el ruego
 De muchos particulares,
 Que ante él de rodillas puestos,
 El perdon le demandaban
 Del hijo, por medio dellos,
 Que no pudiendo excusarse,
 Dijo, viniendo en hacello:
 —La ley ha de ser cumplida,
 Pues la hice yo, y no quiero
 En eso que me pedis
 Dejar de satisfaceros.—
 Mandó que lo desatasen,
 Y desde lo vido suelto
 Le dió una daga en la mano,
 Y él tomó otra, diciendo:
 —Hacé lo que yo hiciere,
 No digan que por vos tuerzo
 La ley, cúmplase por ambos,
 Pues me toca el yerro vuestro.
 Esto diciendo, el un ojo
 Se sacó, y lo echó en el suelo,
 Y viendo dudoso al hijo
 En sacarse el suyo, fiero
 Así del, y se lo arranca
 Con fuerza y heróico esfuerzo,
 Dando á toda la ciudad
 Lástima, y al mundo ejemplo
 En administrar las leyes,
 Que son del mundo el gobierno ⁴.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

⁴ La igualdad ante la ley es la justicia: donde hay justicia, cualquiera gobierno está seguro, y no tiene que temer revoluciones ni trastornos.

506.

FÍNGESE LOCO SOLON PARA OBLIGAR A LOS ATENIENSES
 Á QUE RECUPEREN Á SALAMINA.

(De Juan de la Cueva.)

Los de Megara y Atenas
 Traian guerra encendida
 Por haber el señorío
 De la isla Salamina,

Y habiendo en muchos reencuentros
 Perdido muchos las vidas,
 Siempre los atenienses
 Eran los que mas perdían,
 Recibiendo mayor daño
 Que el daño que ellos hacian:
 Y así entre ellos fué ordenado,
 Viendo cuán mal sucedia,
 Que nadie, pena de muerte,
 Tratase en ser adquirida
 La isla, y por esta causa
 En su poder la tenian
 Los megarenses, y era
 De los de Atenas perdida.
 Mas viendo el sabio Solon
 Tiempo en que haberse podía
 Y ganarse con las armas
 De los que la defendian,
 Por no incurrir en la pena
 Que el Senado puesto habia
 A cualquiera que tratase
 De cobrar á Salamina;
 Pareciéndole maldad
 Suya, si no descubria
 Al temeroso Senado
 La buena ocasion que habia,
 Aguardó á que estuviere
 Todo junto un cierto dia,
 En medio del cual se puso
 Fingiéndose con habla y risa,
 Que habia perdido el seso,
 Y mil locuras decia.
 Rasgábase los vestidos,
 Hacia gestos, daba grita,
 Arrojábase en el suelo,
 Y luego en pié se ponía;
 Decia mil desconciertos;
 Fingiase tener grima.
 Los senadores teniendo
 Lástima de lo que vian,
 Movidos á sentimiento
 Lo regalan y acarician,
 Dando á entender que en Solon
 Su buen gobierno perdian,
 Y que solo Solon era
 El que los ennoblecia,
 Y el que en virtud y costumbres
 En Atenas florecia.
 Esto, doliéndose de él,
 Unos y otros lo decian;
 Y viendo Solon que todos
 De su mal se condolian,
 Descubriendo su intencion
 Dijo así, á cuantos le miran:
 —¿Dó está el Senado de Atenas?
 Dó su fortaleza antigua?
 Dó el valor que opresó al mundo
 Echándole el yugo encima?
 ¿Que es de los claros varones
 Que en la marcial disciplina
 Han sido del mismo Marte
 Terror, en su valentia?
 Las hazañas, los trofeos
 Que el mundo de vos publica
 ¿Dó están, pues los megarenses
 Os resisten y os conquistan?
 ¿Cumplirá á vuestro valor,
 Que se entienda y que se diga
 En mengua de vuestra gloria,
 Que os quitaran Salamina?
 Levantáos, dejad el ocio,
 Mirad que se perjudica
 El bien comun y honor vuestro
 En que Megara os reprima.
 Tomad al punto las armas,
 Ganad esa chica isla,
 Que mas es el mundo todo,
 Y es poco á vuestra osadía.—
 Diciendo aquesto Solon

Se paró, y el rostro inclina,
 Haciendo muchos visajes,
 Y dando una gran risa,
 Tomó la puerta y salióse
 Sin haber quien lo resistiera.
 Quedó suspeso el Senado,
 Y unos á otros se miran
 Admirados y confusos,
 Y ardiendo algunos en ira:
 ¿Tanto puede la razon,
 Que los ánimos incita!
 Tal fué entre los atenienses
 Oír las razones dichas,
 Que encendidos en furor,
 Sin guardar la ley escrita
 En que á muerte condenaba
 A aquel que de Salamina
 Tratase, ó diese por voto
 Que de ellos fuese adquirida.
 Mas roto aqueste silencio,
 Cada cual se precipita
 A decir que se recobre
 Y las armas apereciban.
 Fué aquesta voz tan conforme,
 Que á una voz el pueblo grita:
 —Salamina sea ganada,
 Que los dioses nos lo avisan,
 Y los hombres sin juicio
 Diceu nuestra cobardia,
 Y nos animan que vamos
 A cobrar nuestra justicia.—
 Al punto tocan las cajas,
 Y la gente aperecibida
 De todo lo necesario
 Toma para allá su via.
 Los megarenses se arman:
 Siendo ciertos de su ida,
 Reparar, ponen pertrechos
 Para defender su isla.
 Llegan los atenienses,
 Salen los de Salamina
 A resistirles que saltan
 En tierra, y ardiendo en ira
 Comienzan unos y otros
 A quitar y á perder vidas,
 Mostrando valor igual
 En defensa y osadia.
 Al fin los atenienses,
 Despues de larga porfia,
 Y de haberse muerto muchos
 De ambas partes aquel dia,
 Rompiendo á sus enemigos
 En la batalla reñida,
 Quedaron con la victoria
 Y con la isla perdida,
 Sin ganalla hasta entonces,
 Por la locura fingida
 De Solon, cuya alabanza
 No la cubrirá la envidia.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

507.

MUERTE DE SÓCRATES.

(De Juan de la Cueva.)

Ante el Senado de Atenas
 Fué Sócrates acusado
 Por el orador Licon,
 Y otros por él conjurados,
 Delante de todo el pueblo
 A sus voces convocado,
 Movidos de ciega invidia
 De verlo tan estimado,
 Y qu'el mesmo dios Apolo,
 Siendo d'ellos preguntado
 Cuál florecia en las letras
 Y era en ellas mas dotado,

Respondió, que entre los hombres,
 Sócrates era el mas sabio.
 Esto los incitó á ira,
 Y así en medio del juzgado
 Presentan su acusacion,
 Diciendo que ha despreciado
 A los soberanos dioses,
 Y su deidad ha negado,
 Introduciendo otros dioses
 Con que al pueblo trae engañado,
 Corrompiendo los mancebos
 Con mil usos que ha inventado,
 Con tantas supersticiones,
 Que daba oirlas escándalo,
 Y era ofender los oídos
 De los buenos y aun los malos
 Contra los enormes hechos
 Que usaba aquel monstruo infando,
 Que de humano y de divino
 Las leyes ha traspasado;
 Que administrasen justicia
 Sin diferirle mas plazo,
 Con un castigo ejemplar
 Conforme al grave pecado;
 Que quedando sin castigo
 Serian ellos castigados
 De los ofendidos dioses,
 A quien ha menospreciado.
 Los jueces se conmovieron
 Y admiraron de tal caso,
 Porque la fama del reo
 Contradecia lo acusado;
 Mas vista la informacion,
 Y el pueblo todo alterado,
 Mandan que Sócrates muera
 Donde estaba aprisionado.
 Pronunciada la sentencia,
 Cual d'ellos salió acordado,
 Lleváronle la cicuta
 Como á reo condenado,
 Diciéndole: —Ten paciencia,
 Sócrates, que decretado
 Está por los atenienses
 Que mueras, y así es mandado.—
 Sócrates dijo: —La muerte
 Al justo no causa espanto,
 Y si los atenienses
 Me condenan, otro tanto
 Hace la naturaleza
 A ellos, pues son humanos.—
 Luego los crudos ministros
 Le dieron el mortal vaso,
 El cual tomó con esfuerzo,
 Sin mostrar rostro alterado
 Ni demudar el color,
 Y se lo bebió hasta el cabo.
 Xantipe, su mujer, viendo
 A Sócrates en tal paso,
 Que ya bebido el veneno
 La muerte estaba esperando,
 Dijo: —¡Oh, marido mio!
 ¿Y cómo sois castigado
 Sin culpa, y moris sin culpa
 Falsamente condenado!
 —¿Pues cómo? ¿querias, Xantipe,
 Que muriera, dijo el sabio,
 Mereciendo yo la muerte?
 ¿No es mejor no ser culpado?
 Que mas miserable cosa
 Es el merecer el daño
 Que sufrir el rigor d'él
 Aunque sea mas extraño.—
 Criton, un su estrecho amigo,
 Ya que le vió basqueando,
 Llegóse á él y le dijo:
 —Dime, Sócrates amado,
 ¿Cómo quieres que te entierre,
 Y dónde ser enterrado?—
 Sócrates dijo: —¡Oh Criton!

¡Cuán en balde he trabajado
Contigo, pues que no entiendes
Dónde voy encaminado!
¿No sabes que d'este mundo
He de salir hoy volando,
Y que no he de dejar cosa
Mía en él? De aquí apartado,
Si pudieras alcanzarme
O de ti fuere hallado,
En donde quiera que fuere
Seré de ti sepultado,
Y allí harás á tu gusto
En darme sepulcro honrado.—
Cuando decia estas razones,
Criton le tomó las manos,
Y dijole:—Ya estás frio,
Sócrates, ya estás al cabo;
Qu'el tener las manos frias
Y el cuerpo, es indicio claro.
—Bien es, Sócrates responde,
Pues la medicina ha obrado,
Tener agradecimiento,
Ofreciéndole á Esculapio,
Pues hizo tan buena cura,
Por ella, en mi nombre, un gallo;
Y así, despues de mi muerte,
Amigo, quede á tu cargo
Ofrecérselo por mí,
No me tenga por ingrato.—
En esta postrer razon,
Echó los ojos en blanco,
Y dando una boqueada,
Quedó de la vida falto.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

508.

PACIENCIA DE DIÓGENES.
(De Juan de la Cueva.)

Tratando de las costumbres
De Diógenes, un dia
Unos discipulos suyos
Loándolo, encarecian
La gran virtud de paciencia
Con que cualquier mal sufría,
Cualquier injuria ó afrenta,
Que en contra de él se hacia
D'esto lo estaban loando,
Y mas, el que mas podia,
Dando ejemplos conocidos,
Que de todos se sabían,
Testificando con ellos
Todo lo que d'él se oía.
Uno de los que allí estaban,
Que Lentulo se decia,
Ó por invidia, ó por odio
Que á Diógenes tenia,
Contra el parecer de todos
D'este modo respondia:
—No sé si es rudeza vuestra,
O si es inorancia mia
Esto en que estáis confiriendo
Con tan pertinaz porfia,
Que para conmigo es falso,
O no es razon quien me guía,
Pues del cínico Diógenes
Sabemos la libre vida,
Y cómo no sufre tanto;
Antes con libre osadía
Dice y hace cuanto quiere,
Sin que cosa se lo impida.
Y para que esto que digo
Se vea que no es mentira,
Y con verdad se compruebe,
Yo lo probaré este dia,
En un caso de paciencia,
En que será conocida

La paciencia que decís
Que en Diógenes se anida.—
Diciendo Lentulo esto,
El filósofo venía
Por la calle, y luego todos
A recibirlo salían,
Y entorno d'él se pusieron
Los que juntado se habían,
Que era innumerable gente,
A ver lo que sucedía.
Diógenes, puesto en medio,
Habló á todos cual solía,
Y á él le hicieron todos
La debida cortesía:
Y Lentulo, estando así,
En el rostro le escupía,
Y Diógenes le dice,
Sin mostrar pasion ni ira:
—¡Cierto, Lentulo, se engaña,
Si hay álguien que de ti diga
Que no tienes lengua y boca,
Pues de todo te servias!—
Esta respuesta admiró
A cuantos el caso miran,
Y loando su paciencia,
Un clamor grande crecía,
Mezclado con varias voces
Que un son confuso hacían,
Que conformándose en uno
La hazaña encarecían.
Lentulo quedó corrido
De la respuesta tan viva,
Y sin aguardar mas punto
Se fué, y el sabio se iba.
Uno de los que llegaron
Con los que á bulto venían,
Mas fiero que virtuoso,
Cual al fin mostró su vida,
A Diógenes detiene
D'él haciendo escarnio y físga,
Diciéndole:—¿Eres tú aquel
Que libremente publicas
Cuanto sabes, y no sabes,
Y aun las cosas que adivinas?
Si eres tú el que sin temor
No hay cosa que te reprima,
Dame á entender una cosa,
¿Si está en tu filosofía,
Que á quien te escupe en el rostro
No le privas de la vida?—
Diógenes se rió,
Y con modestia replica:
—¿Que quieres tú que le haga,
Si tiene mucha saliva,
Y Aténas cria tales hombres
De lenguas tan atrevidas?—
El hombre no le responde,
Y arrebatado de ira
Dio un bofetón á Diógenes,
Que en el suelo le derriba.
Diógenes, puesto en pié
De la violenta caída,
Forzó á todos que á mirallo
En él pusiesen la vista,
Creyendo que á la venganza
Su afrenta lo encendería:
Mas sin mostrar sentimiento,
La bolsa abrió que traía,
Y contándole un ducado
Se lo dió, y d'él se desvia
Diciendo:—De aquesta suerte
Vengo yo la ofensa mia.—
Quedaron suspensos todos,
Y él se fué, y los unos gritan
Que era aquel hecho de loco,
Y esto á voces que él lo oía;
Otros que era misterioso
El caso, si lo entendían,
Y así dando pareceres

Cada cual como sabía,
Se fuéron, dejando solo
Al hombre que con gran risa
Dice, contando el dinero:
—¡No es mala mercadería
Por un bofetón de un pobre
Henchir mi bolsa vacía,
Que haré otro tanto con Jove,
Por otra tanta cantía!
Mas es de considerar,
Si un pobre así gratifica,
¿Que hará el que fuere rico?
No dudo que me redima
Toda mi necesidad,
Y me haga uno de estima.
Este camino es seguro
Para mejorar mi vida:
Quiero caminar por él,
Que el cielo me lo encamina.
Esto diciendo, furioso,
Guiado por la codicia,
Parte á cumplir lo qu'el cielo
Por justo acuerdo destina,
Instigado de las furias
Que su alma poseían,
Y púsose en el comercio,
Donde la gente acudia,
Resoluto de hacer
Lo que al sabio hecho había,
Como fuese en hombre tal,
Cual su deseo pedía.
Con tal determinacion
Aguarda, y atento mira,
Midiendo la plaza y calles
Con la pavorosa vista.
Ocupado en esto solo,
Sin juicio, ardiendo en ira,
Vio venir por el mercado
Un hombre qu'él conocía
Ser de los ricos de Aténas,
Y de no menor estima.
En viéndolo, dijo:—El cielo,
Y Júpiter me lo envía,
Para que este dé remedio
A la gran pobreza mia.—
Esto diciendo, á él se llega
Con temeraria osadía,
Y dándole un bofetón
Casi á sus piés lo derriba.
El otro ardiendo en coraje,
Viendo así su honra perdida,
Poniendo mano á su espada,
Sin cosa que lo resista
Le dió tantas estocadas
Que allí le quito la vida
Y hasta hacello pedazos
No se le quito de encima;
Dejándole d'esta suerte
Vuelve á proseguir su via.
La fama con presto vuelo
Por todas partes envía
El extraño acaecimiento,
Y en voz clara se publica:
Cuentase de varios modos,
Aunque la muerte se afirma,
Y tan pública fué á todos,
Que á ninguno fué escondida:
Y así oyéndola Diógenes,
De los que á él acudían
A contarla por milagro,
Que tal nombre la ponían,
Dijo:—¿Habeis notado todos
El suceso d'este dia?
¿No veis cómo se engañaron
Los que de mí se reían,
Porque tras verme afrentado
Le pagué la afrenta mia?
Inorancia fué de todos
No entender que la codicia

De ver que así le pagaban
Las afrentas que hacia,
Por fuerza habia de llevarlo
A ejercitar su osadía;
Y así por lo que le di
Me vengaron con su vida.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

509.

DIÓGENES Y PLATON.
(De Juan de la Cueva.)

Poseyendo de Sicilia
El rey Dionisio el imperio,
El filósofo Platon,
Que vivía entónces dentro,
Quiso hacer un banquete
A algunos nobles del reino,
Y de los mas allegados
Al poderoso gobierno,
Por mostralles su amistad,
Y no por otro respeto;
Qu'el sabio nunca codicia,
Ni cosa le pone miedo.
Y así, aderezado todo
Cuanto convenia al efeto,
Y juntos los convidados,
Y junto tambien el tiempo
De dar principio al convite
Con regocijo y contento,
Entró el cínico Diógenes
De polvo y de sudor lleno,
Descalzo y roto el vestido,
La barba larga y cabello,
Colgado un zurrón del hombro,
Debajo del brazo un tiesto,
Con un báculo en la mano,
Y en la boca puesto el dedo;
Sin hablar palabra á nadie
La vista andaba esparciendo,
Mirando á una parte y otra,
Cabeceando y riendo,
Con que á todos suspendía
Viéndolo estar tan suspenso.
Y despues de haber bien visto
El suntuoso aposento
De sedas y oro colgado
Por defuera, y por de dentro,
Las aderezadas mesas
Con tan ricos aderezos,
Cubiertas de vasos de oro,
Y de muy curiosos lienzos,
Volvió á ver los convidados,
Y al filósofo con ellos:
Juzgando que aquello todo
Para Platon no era bueno;
Que aquel regalo y deleite
De un filósofo es ajeno,
Y que era impropio en Platon,
Qu'era en vida tan modesto,
Luego sin hablar palabra
Las mesas derribó al suelo,
Y pisando los manjares,
Los vasos todos vertiendo,
Y viendo que no quedaba
Cosa alguna, entró corriendo
A la cama de Platon,
Y encima d'ella subiendo
La comenzó á pisar toda
Desbaciando su ornamento,
Diciendo:—Piso el regalo
De Platon, piso el aseo,
La vana curiosidad,
Qu'en él parece tan feo;
Que el filósofo, desnudo
Está mejor que compuesto.—
Viendo el divino Platon

El sobrado atrevimiento
De Diógenes, que estaba
Pisándole aprisa el lecho,
Sin alterarse del caso,
Ni mostrar turbado gesto,
Le dice con alta voz.
— O Diógenes, no es eso
Parecerte mal mi fausto,
Mas usar tu libre exceso,
Y como no tienes casa,
Ni has menester aderezos,
Porque tu secta los veda,
Y tus cínicos preceptos;
Por eso los aborreces
Cual hoy en mi casa has hecho.
No está la filosofía
En tratarte como perro,
Comiendo bajos manjares,
Por no sentir falta d'ellos,
Durmiendo el estío al sol,
Y el frío invierno al sereno,
Abrazando las estatuas,
Cuando mas ofende el hielo;
Que esto todo es diferente
De la secta que profeso:
Y si arguyes mi soberbia,
Tú has sido en esto el soberbio
Queriendo por esta invidia
Mostrar que tienes imperio
Para pisar la soberbia,
Y este fué solo tu intento.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

510.

DIONISIO DE SICILIA Y DAMOCLES.

(De Juan de la Cueva.)

Dionisio estaba en Sicilia
Menos contento que ufano,
En posesion del imperio,
De que se hizo tirano;
Lanzados griegos y locros
Del distrito italiano,
Por amor, por miedo, ó fuerza,
Tenia el imperio llano
Sujeto á su tiranía,
Y á su ánimo inhumano,
De todos obedecido
Y de muchos adulado,
Que cargados de lisonjas
Siempre le andaban al lado.
Entre muchos habia uno,
Mas que todos señalado,
El cual llamaban Damocles,
Que usando el oficio vano
De la vana adulacion,
Un dia con el tirano,
Teniendo abierta ocasion,
Tomó de hablar la mano,
Diciendo: — ¡Oh gran rey Dionisio,
Mas glorioso que hombre humano!
¿Cuál otro vive en la tierra,
Que te sea comparado?
¡Oh Dionisio venturoso!
¡Oh tú bienaventurado,
Que eres igual en el suelo
Con Júpiter soberano!
Dividido está el imperio;
Entre los dos está el mando:
El gobierna lo celeste,
Tú gobiernas lo humano;
Sujeta está la fortuna

A tu poderosa mano:
Todo vive en tu obediencia,
Sujeto tienes al hado.
Marte te obedece en armas,
Y Júpiter en estado;
Febo en saber, y Mercurio
En ciencia en que te ha dotado:
En los signos y planetas,
Ninguno tienes contrario:
¡Nada te falta, Dionisio,
Para que seas llamado,
Entre los hombres del mundo,
El mas bienaventurado! —
Dionisio le estaba oyendo
Todo su proceso vano,
Y para satisfacerlo
De su yerro en este caso,
Y vea cuán sin contento
Es la vida del tirano,
Que es la congoja en que vive
Quien posee lo mal ganado,
Quitóse el real vestido;
Corona y cetro le ha dado:
Pónelo en su mismo trono,
Siéntalo en su mismo estrado;
Cuélgale encima una espada,
En un hilo muy delgado;
Manda que le sirvan todos
Como á él mismo en su estaço.
Tráenle diversos manjares;
Sirvenlo en real aparato;
Resuena el dulce instrumento
En el sublime palacio;
Sube la sonora voz,
Que alegra el sentido humano;
De cuanto pide el deseo
Satisfecho está y pagado.
Todo le parece bien;
Mas está el triste temblando
De ver la desnuda espada,
Que le está encima colgando,
Los servicios le congojan,
Pena le da el verse honrado;
Afligele el verse rey,
Tiembla y gime el desdichado.
En esta perplejidad
Al Rey le dice llorando:
— ¡Oh poderoso Dionisio!
¿En qué te ofendí yo tanto,
Que me trates de tal suerte,
Siendo yo tu leal vasallo?
No soy capaz de tal gloria,
Tú la goza muchos años,
Solo te pido en merced,
Me quites de aqueste estado;
Socórreme antes que muera,
Hazme libre, y ponme en salvo,
Que yo quiero mi pobreza,
Y aborrezco tu reinado:
Prospérente en él los dioses
Cuanto de tí es deseado. —
Oyó Dionisio sus ruegos,
Y á piedad vuelto el tirano,
Mandó quitar al punto,
Y del peligro apartado,
Le dice: — Dime, Damocles,
¿Qué es lo que me has alabado
La suerte de verme rey,
Si á muerte estoy tan cercano?
¿No es mejor pobreza honesta,
Que imperio con tal cuidado?

(CUEVA, *Coro Febeo*.)

SECCION DE ROMANCES CONCERNIENTES Á LA HISTORIA DE ROMA.

ÉPOCA DE LOS PRIMEROS REYES ROMANOS.

511.

NACIMIENTO DE RÓMULO Y REMO.

(De Juan de la Cueva.)

Con las vírgenes vestales
Está la hermosa Rea,
Que su tío el rey Amulio
Allí la tiene por fuerza,
Desterrándole á su padre
Contra justicia y clemencia,
Por quitarle el reino Albano,
Qu'era suyo por herencia.
Asimismó dio la muerte
A Lauro, otro hermano d'ella,
Con que seguro de todo
Con el reino albanes queda.
La triste Rea quedando
Huérfana y por fuerza opresa,
La cual consumia su vida
Lastimada de su ofensa,
Pidiendo venganza al cielo
De su estrechez y miseria,
Desesperada del medio,
Que dalle remedio pueda.
Estando así en el convento
De la religiosa Vesta,
Entre su virgíneo coro
La virgen vestal profesa.
El hijo del alto Jove,
A la terneza de amor
Todo su furor sujeta,
Viendo la beldad divina
De la virgen vestal Rea;
Y forzado al dulce fuego,
Que al mas fuerte señorea,
El poderoso dios Marte
Ciego y cativo se entrega;
Que en las contiendas de amor
Ninguna fuerza aprovecha.
Dió lugar á la memoria
El dios fiero de la guerra,
Trabando consigo mismo
De las guerras la mas fiera,
Entre amor y su deseo,
Que el uno y otro le apremian,
Dándole el amor esfuerzo,
Y el deseo temor y pena;
Natural cosa al que ama,
Es temer lo que desea,
Cual al dios Marte sucede,
Que lo que desea, recela.
Puesto el tracio dios horrible
En esta horrible contienda,
Temiendo y osando á un punto,
Cosa en el que ama cierta,
Sujeto á su voluntad
Rompió del temor la cuerda
Dejando al libre deseo
Suelta á su querer la rienda:
Y así puesto en asechanza
A la vestal Rea acecha,
Y hallándola sola un dia
A gozar d'ella se apresta;
Que no le otorga su fuego,

Para aguardar mas, licencia.
Llegó á ella y por la mano,
Sin descubrirse quién era,
La asió, y ella pavorosa
La voz mal formada arrecia,
Forcejeando, y resistiendo
Enflaqueció en la defensa;
Que no puede fuerza humana
Resistir divina fuerza.
Tembló el templo, bramó el cielo,
Estremeciósela tierra,
De horror volvió atrás el Tiber
Escondiendo la cabeza,
Y al centro lodoso y hondo
Se dejó calar de pena,
Turbando las claras ondas,
Revolviendo las arenas,
Dando testimonio en esto
Del agravio hecho á Vesta.
Habiendo Marte á su gusto
Gozado de la doncella,
Le dice quién es, y en vuelo
Se desapareció de ella,
Quedando la vestal virgen
Sin el don que mas se precia,
Y de dos hijos preñada,
Indicio de que era rea;
Que las ocultas maldades
El mismo mal las revela,
Cual en este ayuntamiento
Vino á sucederle á Rea,
Quedando por rastro d'él
La preñez, en que se vea:
La cual aunque quedó oculta,
Fué, creciendo, manifiesta;
Llegando el tiempo que Juno
Sacó á ver la luz febea
Dos bellos niños de un parto,
No sin confusion y afrenta
De las vírgenes vestales,
Que al Rey el caso le cuentan:
El cual oyendo el suceso,
Sin que punto se detenga,
Renovando el odio antiguo
Ordenó, ardiendo en cruera,
Cómo padezca la madre,
Y los dos hijos perezcan:
Y así la mandó poner
En una prision estrecha
Donde acabase la vida
En soledad y miseria.
Llamó luego dos criados,
De quien confiarse pueda,
Y contándoles el caso
Los dos niños les entrega
Para que al Tiber los echen
Adonde ahogados mueran.
Los criados diligentes,
Las almas de dolor llenas
Reciben los dos infantes,
Para darles muerte fiera.
Cumpliendo el real mandato
Van á ejecutar la pena
En los tiernos inocentes,
Que en naciendo á morir llevan
Por la culpa de su madre,
Que á su inocencia condena,
Y la tiranía del tío,
Que en ellos su odio venga,
Aunque el disponer del cielo